

## La Generalitat crea un censo de organizaciones juveniles

La Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, tiene el proyecto de promover el asociacionismo juvenil como instrumento de participación de los jóvenes en la sociedad. Para ello, ha iniciado un proyecto en el ámbito de la Comunidad Valenciana, creando un censo de todas las organizaciones juveniles reconocidas legalmente y de aquellos grupos juveniles que realizan un trabajo permanente aunque no tengan la cobertura jurídica de asociación, caso frecuente dadas las dificultades administrativas que supone la legalización.

Con este fin, en la Dirección General de Juventud y Deportes dependiente de la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, se han iniciado los trabajos de confección del censo de asociaciones juveniles y entidades prestadoras de servicios a la juventud, en el que podrán inscribirse las siguientes organizaciones: Las asociaciones juveniles acogidas a la ley general de asociaciones, las asociaciones juveniles constituidas según el derecho canónico, las entidades prestadoras de servicios a la juventud, las secciones juveniles de los partidos políticos, las ramas juveniles dependientes de los sindicatos, los grupos de jóvenes que no estando constituidos como asociación promuevan actividades de carácter permanente.

Las entidades y grupos inscritos deberán presentar una memoria anual de sus actividades para su seguimiento en la dirección general, y a los efectos de posibles beneficios que se pretendan obtener de los servicios que presta la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia en esta materia.

La utilidad del Consejo de la Juventud de la Comunidad Valenciana, que actualmente, está regido por una gestora y regulado por un decreto del mes de enero del pasado año. En este Consejo de la Juventud podrán integrarse todas aquellas entidades que tengan más de trescientos miembros e implantación en cinco comarcas valencianas, esto exige conocer previamente la implantación del asociacionismo juvenil en nuestra comunidad.

El proyecto trata de avanzar en el desarrollo de una política juvenil participativa que tenga como interlocutores con la Administración, a los propios jóvenes organizados.

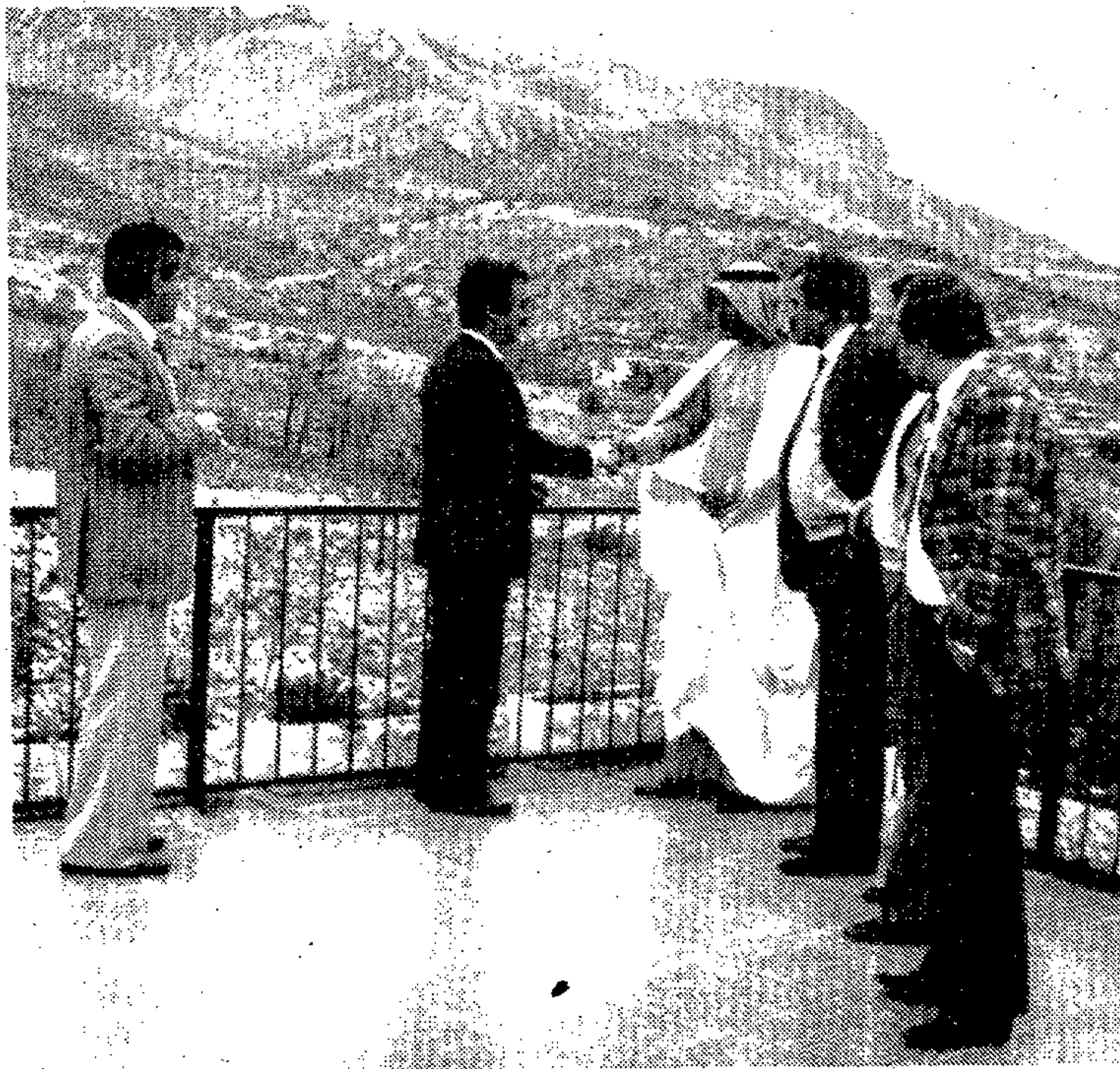
■ El director general de Relaciones Colectivas de Trabajo de la Consellería de Sanidad, Trabajo y Seguridad Social, Juan Alegre, se ha reunido con una representación de la Federación de Cooperativas de Valencia para perfilar el borrador de decreto de constitución del Consejo asesor de cooperativas que próximamente, será presentado al Pleno del Consell para su aprobación.

La constitución del consejo asesor de cooperativas es el primer paso dado por la citada Dirección General tras la asunción de las competencias que, en materia de cooperativas han sido transferidas con fecha uno de enero del presente año.

Un grupo árabe (mayores precisiones respecto a su patria son innecesarias) ha anunciado en firme su propósito de invertir ocho mil millones de pesetas en Finestrat. La noticia tiene todos los ingredientes para entusiasmar a la opinión pública: Es mucho dinero, se va a destinar a crear un complejo turístico, procede de acaudalados islámicos y ha sido inesperado. Tan inesperado como lo fue el gordo de Navidad en Almoradí hace algunos años; tan turístico como todo el litoral de la provincia, protagonista del desarrollo de los años sesenta; y tan oriental como el maná bíblico. A Finestrat le ha caído el gordo o le tocado el jeque, que es algo parecido.

Desde que los yanquis pusieron en marcha esa magistral operación política de dominio disfrazada de altruismo económico que fue el plan Marshall, se hizo posible descubrir que la rancia tradición limosnera española había arrigado de tal forma en la sociedad que ha acabado por formar parte de su talante macroeconómico. Lo que la escuálida condición económica local no puede dar de sí lo pueden hacer los millonarios de fuera de las fronteras. Si el empresario ha llegado a una cautela inversora, que por sí sola, es capaz de condenar al sistema a un languidecimiento crónico, siempre estará el oro de la buena fortuna para remediarlo. Y Finestrat es un ejemplo. Unos individuos —los españoles— que sienten tanta esperanza íntima en las quinielas y el cupón de ciegos no pueden por menos de acariciar permanentemente la esperanza de que le ocurra algún albur parecido a su colectividad.

Además, los árabes son lo suficientemente exóticos como para satisfacer el aspecto caprichoso que debe tener esa fascinante esperanza en la lluvia inversora de millones y su similitud con la lotería. Los árabes han conseguido inspirar menos desconfianza en la opinión pública que los anglosajones. Si en vez de ellos una multinacional de Occidente hubiera seleccionado una población del interior para erigir una factoría industrial, a estas horas



ya habría surgido una polémica en los medios de comunicación debatiendo si se iba a crear una dependencia exterior, si habría competencia abusiva con las pequeñas industrias locales o si se produciría un negativo efecto medioambiental.

Las razones de esta discriminación en la confianza hacia el extranjero seguramente que pertenecen al terreno de la inconsciencia colectiva, pero pueden aventurarse algunas hipótesis. Los yanquis y europeos se las han arreglado a lo largo de la historia para demostrar que detrás de cada una de sus inversiones se esconde un plan colonialista. En cambio, de los árabes no se recelan propósitos taimados de practicar la ingerencia en asuntos internos. Tal vez porque exista una parentela ancestral entre el pueblo árabe y el mediterráneo, tal vez porque si fueron maestros en el regateo los españoles resultaron alumnos aventajados y no se les teme en ese terreno. O acaso porque se considera que si son países muy ricos en un aspecto, en otro son tercermundistas y pocos resortes pueden tocar para apropiarse del territorio donde descienden. Son, en fin ricachones preocupados ante todo de la ostentación, según se cree, que pueden permitirse el lujo de suscribir contratos multimillonarios y regalar la vuelta porque su capacidad de

gasto supera con mucho su posibilidad de gestión.

Les ayuda, además, la vaga y confusa asimilación popular de las Mil y Una Noches, que magnifica las leyendas sobre su derroche y esplendor. Si un jeque árabe encargó desde Marbella un colchón especial para una cama de dimensiones desmesuradas —al parecer, menos apta para el descanso que para retozar en ambos sentidos de la palabra—, ¿qué disparatados, caros y apetitosos encargos no podrán recibir las firmas locales de fabricación de mantas, sábanas y alfombras? No es fácil sustraerse a la tentación de suponer a los empresarios amenazados por la crisis acariciar sueños sobre excéntricos y salvadores pedidos. En cambio, los inversores occidentales son más metódicos y avaros en sus gastos. Además, en vez de generar elegancia, suelen propiciar la mugre medioambiental: mientras aún se apaga el eco del grito en el cielo puesto por las fuerzas vivas alicantinas al enterarse de las prospecciones petrolíferas ante Benidorm, los mismos medios guardan un silencio elocuente con respecto a Finestrat, como si el turismo fuera neutral con el entorno.

La comunidad alicantina comprende perfectamente que el tipo de industria elegida por los árabes para sus inversiones sea

la turística. Si a un común mortal le tocan las quinielas, lo normal es que monte un bar, porque de comidas y bebidas todos entienden. Los árabes, afortunados a su vez por los azares de la crisis energética, siguen la misma tendencia hostelera y montan lo mismo solo que a escala fastuosa: ciento cincuenta chalets de lujo, una clínica para atraer a la gerontocracia mundial y un distinguido hotel. Instalaciones, en fin, para dar placeres no sólo de boca, sino también de oído, vista, tacto y olfato.

Las posibilidades de Finestrat parecían estar atadas y bien atadas por el destino de su pequeña comunidad agrícola, que contemplaba con envidia cómo municipios vecinos habían sabido explotar sus atractivos naturales mientras que su estupenda cala seguía infrutilizada. Pero ahora se ha hecho justicia turística y su mano de obra excedente podrá dejar de serlo y escoger entre ser albañil, camarero o cecador.

Finestrat no es un caso aislado: En Altea esperan la materialización de un lujoso proyecto hotelero kuwaití, en Torreveja hay rumores de compras inmobiliarias del mismo origen que en Finestrat...

Todo podrá llegar a ser cierto o no: se suele confundir la realidad con los deseos y por eso es fácil dar categoría de certeza a simples rumores. Pero mientras permanezcan en las nubes de las posibilidades, las inversiones árabes habrán cumplido su función. El alicantino habrá desviado por un momento su penosa atención de la crisis, el paro, la pérdida de competitividad, la fuga de recursos, la inflación, la disminución del poder adquisitivo. La fatiga, en fin, de construirse el mañana a pulso, de luchar contra las asperezas de la realidad y las incertidumbres de un futuro poco halagüeño. Mientras exista la largueza árabe, que busca en todo el mapa mundial donde colocar sus sobrantes de petrodólares, existirá la lotería mundial. Y la comunidad alicantina se reconciliará considerando que mañana podrá ser ella la agraciada.

MARIO A. SIERRA

## Música clásica

# Sylvia Torán, pianista en ciernes

El Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia fue escenario, el viernes pasado, de la presentación en Alicante de la joven pianista madrileña Sylvia Torán en recital organizado por nuestra Sociedad de Conciertos. El programa, interesante y bonito, se presentaba un tanto desorganizado por la inclusión de dos Albéniz en lugares hartos extraños: abriendo la primera parte se encontraba «La Vega» (esclarecedora pieza sobre la última evolución estilística de su autor) y luego hallamos

incrustada la ibérica «Almería» entre Chopín y Prokofiev, cuya sonata n.º 3 volvió a extasiarme una vez más por la belleza de su energía creativa.

Sala a tope y una gran expectación. Sin alcanzar un gran éxito (faltó comunicación entre público y artista) la Torán dejó plena constancia de poseer unas extraordinarias dotes de pianista, dotes que, eso sí, no me parecieron aprovechadas al máximo por falta de serenidad y personalidad interpretativa. Creo que a la joven pianista

no se le puede hacer reproche alguno acerca de su dominio técnico, facultades virtuosísticas o calidad de sonido. Todo eso lo tiene. Nada le falta. Quizá le sobran algunas cosas. Le sobra, por ejemplo, ese temperamento incontrolado que en ocasiones le hace dispararse y cometer errores en cadena («Balada de Chopín») le sobra pedal derecho, que utiliza poco racionalmente, y también le sobran prisas y si no que lo diga esa precipitada versión de la Sonata op. 110 de Beethoven, a la que la Torán des-

pojó de su serenidad y grandeza.

En resumen y por lo oído el viernes, Sylvia Torán personifica el típico caso del superdotado físicamente (porque ella lo es, sin duda), para tañer un instrumento musical pero que necesita tiempo para curarse de ciertos excesos propios de la edad. Creo que cuando esta joven y gentil pianista arroje el lastre de todo lo que le sobra, se convertirá en una significada concertista. Se lo deseamos de todo corazón.

GERARDO PÉREZ BUNQUER